

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

LA SUERTE MALDITA

Érase una vez en Tammerlane que un joven llamado Esteban pensaba en su maldita suerte. Se encontraba sentado frente a la tele, viendo un programa periodístico de tinte amarillista.

En la pantalla se debatía una teoría acerca del aviso que podría dar la Muerte horas antes de la muerte.

- Yo creo que tu teoría es algo mística. Como que le falta índole científica. No puedo creerte, así porque sí, que una persona cuando va a morir, escucha un trompetazo en el oído. – increpó el conductor al invitado.

- Tengo pruebas que afirman mi tesis: testigos, personas que murieron y resucitaron gracia a la catalepsia, y que comentan haber escuchado una gran trompeta cerca de su oído. – contraatacó el investigador.

Esteban se frotó los ojos, y se asomó a un lado del sillón. Descubrió la botella vacía y recordó la amargura de hacía instantes, cuando había dado el último trago a la última cerveza de la casa.

De todas formas se conformaba con lo borracho que estaba, como para hacer la locura que le plazca y olvidarla en la resaca del día siguiente.

- ... por eso me vine preparado: para demostrar que la Muerte se anuncia con trompetas! – prosiguió el investigador. Se puso de pie y recibió a dos hombres y que traían una camilla.

- Esta gente está enferma. – dijo Esteban, anonadado con la imagen que disparaba la tévé.

La camilla llegó hasta el centro del estudio, y los dos hombres descubrieron el cuerpo que llevaban. Enseguida salieron en búsqueda de un sofisticado aparato, apoyado en una mesa de quirófano.

- Conectando estos cables a la médula espinal del muerto, pasaremos una leve corriente eléctrica que entibiará los circuitos cerebrales del N.N. Por medio de otros cables, conectados mediante un enchufe insertado en la masa encefálica, recibiremos la información directo a la computadora, donde se registrarán los últimos registros auditivos de esta persona en vida. De esa forma, y por medio de la gráfica que nos entrega este importante descubrimiento, leeremos ciertos decibeles que nos van a sorprender.

El periodista de brazos cruzados, dijo serenamente:

- A-há. O sea que por ahí sale la trompeta. – pausa – Y por qué no se la grafica con sonido?

- Sencillo: porque no he podido inventar tal aparato.

Esteban se puso de pie, y como siempre, esperó la llegada de su perra para acariciarla. Pero su perra no estaba.

Tumbelina, el perro raza perro de la casa, se había perdido hacía un año. Y eso fue sólo una de las tantas pérdidas del año.

Esteban se había cruzado con su perra favorita, una tarde mientras paseaba por el centro comercial de su barrio.

Pasó por la vereda de la tienda de mascotas, y notó en una jaula a una cachorrita solitaria y asustadiza, que se acurrucaba a un lado, temiendo por el veloz andar de la gente. Su pelaje blanco marmolado con marrón teñía su pelaje duro, en un cuerpo parecido al de una comadreja.

- Doscientos pesos. – dijo la mujer surgiendo del interior del local.

El muchacho se sorprendió por la presencia de aquella extraña figura. La dueña de la tienda llevaba una gorra de lana, y una peluca rojiza sobre la cabeza. No tenía cejas, y al igual que su boca, estaban delineadas. Fumaba de un cigarrillo con boquilla extensa, y su ropa era demasiado colorida.

- Cómo dijo? – preguntó Esteban.

- Lo que escuchaste. Doscientos pesos por la perrita, o nada.

- Yo no dije que la quiero. Y si la quisiera, tampoco pagaría esa plata.

- No la vale? No la vale porque es raza perro? – dijo la mujer con bronca, señalándolo con la mano del cigarrillo. – Quién te dijo que los sólo los perros de raza tienen un valor?! Sabés lo que es un perro de raza: perros mezclados para lograr formas raras, y que los hacen coger entre hermanos para que sigan saliendo repetidos.

De repente, la oreja de la mujer cayó al piso.

Un silencio.

Esteban estaba por decir algo, cuando ella volvió al ruedo.

- Sí, sí, ya sé!!! Se me cayó la oreja! Es que tuve un accidente! – dijo mientras la recogía. Se la colocó en su lugar y continuó – Cien pesos y quedamos a mano.

- Pero, le dije que no puedo comprarle la perra.

- Te dije que no se trata de comprarla!! Si te la regalara, no le darías la misma importancia.

- Si me la llevaría, la cuidaría mucho... No me cree?

- Vos vistas, nene. La gente de hoy en día es una mierda... - y chupó el humo de su tabaco – Okey, me convenciste. Te la regalo.

A la hora, Esteban estaba en su casa, con la perra recostada en un trapo de piso. Entonces fue que el muchacho se preguntó si no había sido parte de un juego de palabras para encajarle el animal.

Pero eso no importaba. Ahora tenía una compañera, y seguramente iba a ser más coherente que su abuela.

- Te dije mil veces que no te limpies el culo con la toalla! – le gritó Esteban a su abuela. – Me lavé la cara, y me volví a secar con tu mierda.

- A mí no me digas! No sé quien fue. – dijo ella, molesta, desde el sillón de la televisión.

- Y quién va a ser? Papá? Mamá? El abuelo, acaso?... Si ya sabés que se murieron todos.

A los cinco años, Esteban había perdido al noventa por ciento de la familia en un accidente. Fue cuando su abuela se encargó de su crianza. Años

después, por aquellos días, la relación de joven independiente y la anciana casi senil, se volvió un territorio de lucha.

- Trajiste una perra? – preguntó la vieja, mirando a un lado.

- No te hagás la tonta. Bien sabés que me cagaste la toalla.

- Qué toalla?

Por lo general, la comunicación no llegaba a mucho. El joven se encerraba en su rebeldía y broncas contra una pobre vieja perdida, mientras que ella constantemente perdía el hilo de todo.

Por suerte, Tumbelina era una buena compañera. Y para mejor, tiempo después apareció Justina.

- Una de las cosas por las que quiero mudarme, es que ya no aguanto a mi abuela. – le comentaba a su chica, una noche en la que ambos estaban su cuarto él, completamente desnudos, después de hacer el amor.

- Pero, si te mudás... Dónde va a ir a parar tu abuela?

- Ya lo pensé. – dijo prendiendo un cigarrillo. – La mando al geriátrico.

- Es muy malo lo que estás diciendo. Sería mortificante para ella, después de haberte criado una vida.

- Ya no la aguanto más. Le hablo y no entiende!

- Está viejita.

- Y eso que tiene que ver, Justina?! Si yo fuese un viejo como ella, trataría de hacer las cosas mejor... Se pasea por toda la casa tirándose pedos, y ni se inmuta. Se caga, se mea, se le cae todo, se olvida de todo. No se si es tarada o está tan enferma que no se entera.

El joven se sentó en la cama y continuó con un apasionante relato...

Fue la vez que se lavó el pelo y se dispuso a peinarse. Cuando tomó el peine y antes de llevarlo a sus cabellos, descubrió una mancha oscura en la punta del mismo. Intrigado por lo que parecía ser, pero seguro que no podía ser aquello, se lo llevó a la nariz y lo olió.

- Era mierda! – se explicó. – El peine tenía mierda... Se lo dejé en la mesada con un papel con una flecha. Le puse "Qué es esto?". – tragó saliva y siguió. – Otra cosa que hace es cagar la tabla del inodoro. Y no sólo eso: siempre encuentro el bidet, la pared y el lavatorio salpicado!!! Qué carajo hace cuando se mete en el baño, me querés decir?!... Riega el comedor y las piezas de migas de pan: ahora tiene la manía de llevar un pan en el bolsillo de ese camisón podrido que usa todo el día.

Un silencio. Justina se acomodó en la cama.

- Me entendés lo que te digo. – le preguntó a su chica, pero ella no le quiso responder.

Esteban llegó hasta el centro del comedor, y se detuvo.

- Qué venía a hacer acá? – se preguntó, y giró a la televisión.

Mientras, en la pantalla, el cuerpo daba las primeras señales por medio de la fantástica máquina.

- Ahora estamos logrando la gráfica que determinará el sonido, el último sonido de la vida de esta persona.

Esteban y todo Tammerlane se paralizaron esperando respuestas.

El investigador tomó el papel de la máquina y lo leyó interpretó con seriedad y para sus adentros.

- Efectivamente. – dijo muy seguro. - Este hombre escuchó un trompetazo antes de morir. Escuchó una trompeta sonando fuerte en su oído. Y rato después, falleció del motivo que sea. Lo dicen los papeles.

Esteban y todo Tammerlane respiraron tranquilos: la Parca estaba cercada. Pero, cercada en qué sentido?

- En qué cambia saber lo de la trompeta? – preguntó el periodista.

- Nada. Tomar conciencia. No sé... - y meditó. – Sirve en esos casos que si uno va a salir de viaje y la escucha, se puede ser más precavido en la ruta. Ahora, aclaro para las personas con enfermedades incurables, que no les va a servir de mucho. De última, les pido que cuando sientan el trompetazo me llamen y me confirmen la teoría.

Esteban caminó hasta el modular, y se apoyó en él.

Estaba cansando, realmente cansado y solo. Todas las personas que convivían en su Universo íntimo lo habían abandonado, todo gracias a su maldita suerte. Mejor dicho, todos lo habían abandonado, por miserable, y porque su suerte ya estaba maldita desde siempre.

- Perdí a todos. – se dijo en voz alta.

Miró al mueble, y recordó aquella noche en que había echo el amor con Justina, sobre aquel armatoste de madera repleto de estantes y cajones.

Abrió el cajón y tomó el arma.

Probó con apuntarse la cabeza, y realmente no tuvo miedo.

Hacía un año que las había perdido, al instante, casi al unísono. Hacía un año, su suerte le había robado la otra parte de su familia, su abuela, su novia y su perra.

Caminó hasta el sillón. Tomó asiento y se llevó el arma a la sien, esta vez para dejarla allí, mientras su cabeza viajaba doce meses atrás.

- Que se caiga, que se caiga, que se caiga. – pensaba Tumbelina, mientras observaba el detalle de cómo Esteban cortaba la gran bola de carne en gloriosos bifés.

De repente, el teléfono sonó, Esteban se asustó y se cortó un dedo, pegó un salto, la carne cayó al piso, corrió a atender el teléfono, y Tumbelina atacó.

- Parece que estoy perfeccionando mis poderes. – bromeó la perra en sus adentros, mientras devoraba la mayor cantidad de carne posible. – Ojalá los pudiera usar contra la maldita puta de la novia de mi amo, que vino a arrebatármelo.

Repentinamente, un escobazo le cruzó el lomo.

Alcanzó a tragar como pudo, y se escabulló debajo de la mesada.

- Es esta perra de mierda, que se está comiendo la carne! – dijo Esteban a su chica por teléfono. – Un día de estos la voy a matar.

- Por qué? Qué hizo ahora? – preguntó Justina - Se volvió a refregar en la almohada?

- Si, hoy también. No sólo se “lesbianizó” con mi almohada, sino con toda la cama... La verdad, no sé por qué me hace esas cosas.

- Me debe odiar.

- Otra vez con la historia que la perra te odia? Te dije que la termines con eso: la perra se porta así porque es pelotuda. No molestes más con eso. Parece como si tuvieras celos de Tumbelina.

- Vos estás loco.

- Vos sos la loca, Justina! Ya me tenés las bolas por el piso con la perra!
Como esa cosita que se te está dando por ignorarme.

- Ignorarte? Cuándo?!

- Siempre. Por ejemplo, cuando hablo de mí, o te cuento de mi abuela.

- Es que hay veces que no dejás de hablar de vos y todo lo malo que los demás te hacen. Vivís quejándote de la gente!

- Ah, vos no?! Por ejemplo, de Tumbelina.

- Y qué te molesta? Si también te vivís quejando de la perra, y encima la cagás a palazos!

- Porque es mi perra!!! – dijo de un alarido.

Un silencio.

- Oíme una cosa, Esteban: quiero que esto se acabe acá. No me llames más, no me vengas a ver más. Me tenés cansada con todas tus historias. Hace un mes que tengo ganas de decírtelo.

Esteban miró por la ventana a la calle. La noche iba a ser fea.

- Pero, qué decís?!

- Y no empieces con los regalitos! Ya nos peleamos una vez, nos arreglamos, pero no resultó! Si quiero saber de vos, dejame que yo decida. Y dejame en paz. Te mando un beso. Chau.

Justina colgó. Esteban volvió en sí.

Del baño se oyeron unos pedos: la abuela se había levantado para cagar.

- Tengo que ir al médico. – se dijo la mujer, tras rociar con excremento líquido toda la tabla del inodoro.

Se sentó en el bidet, se olvidó de abrir la canilla y se puso de pie. Se subió la bombacha con la suciedad en su culo. Caminó hasta el lavatorio, se miró las manos, y éstas estaban enchastradas de mierda.

- Cómo me pasó esto? – se preguntó la mujer.

Y se limpió con la toalla húmeda que hacía minutos se le había caído en el inodoro, en un evento que también había olvidado.

Salió del baño.

- Que olor a mierda! – dijo Esteban, esquivándola, camino a su cuarto.

Estaba molesto. Todo se reducía a la impotencia: si llamaba a Justina, ella se enojaría más. De todas formas, con qué se excusaría.

Se detuvo pensando en el detalle y se volvió a la anciana.

- A ver qué hiciste en el baño?! – dijo agresivo, y entró al baño.

Salió al instante.

- Viste lo que hiciste ahí adentro?

- Qué cosa?

- Haceme un favor, abuela: ya mismo te vas de esta casa... Andate a dar una vuelta! No sé, lo que sea... Quiero estar solo!

- Qué decís? – dijo la mujer, intrigada.

- Que te vayas de la casa, ya mismo!!! Que desaparezcas de una vez!!!
– gritó, y se encerró en su cuarto. – No te quiero cruzar en una semana!!!

Mientras se puso a revisar las viejas cartas de su chica, sintió cómo la puerta de calle se cerraba tras el paso de la anciana.

Había pasado un año, y no sabía nada de su chica, no sabía nada de su abuela, no sabía nada de su perra.

Justina nunca más había telefonado, ni él a ella. Y su abuela se había ido, para jamás volver.

Por otro lado, Tumbelina se había echo humo de alguna forma, seguramente aprovechando la salida de la tonta anciana.

- Se puede perder a toda la familia y seguir viviendo como si nada? – se preguntó Esteban. Aún llevaba el arma en la sien – No hay vuelta: mi suerte está maldita. - se preparó para gatillar. – Si la suerte no da una señal de existencia en los próximos diez minutos, me disparo en la cabeza. – y miró con firmeza el reloj colgado en la pared, justamente arriba del televisor.

Estaba lo suficientemente borracho como para hacer lo que quería. Total, al día siguiente, olvidaría todo...

- Acá es. Éste es el lugar. Después de tanto tiempo, al fin pude ubicarlo. Mi amo se va a poner feliz de verme. Espero que no me golpee cuando llegue. – pensó Tumbelina, parada en la vereda de enfrente a su antiguo hogar.

Se había perdido hacía un año, tras huir momentáneamente por el gran escobazo que había ligado por parte de Esteban. Por un error de su olfato, había tomado las calles menos indicadas, hasta terminar en la otra punta de Tammerlane. Ahora, tan sólo estaba separada de su regreso por una ancha avenida con coches que jamás dejaban de pasar.

Cuando lo vio oportuno, se dispuso a cruzar.

Sorpresivamente, un auto clavó los frenos, y de la puerta del acompañante descendió una mujer, que enseguida corrió hasta Tumbelina.

- Mirá, Jorge, pobrecita! Está perdida.

- Debe ser el perro de alguien. Suerte que no lo reventé!

- No! No ves que tiene miedo? Debe estar solita!

- Y qué querés que haga si tiene miedo y está solita? Ni pienses en llevarte esa bola de pelos a casa!

- Llémosla al campo, cerca del Lago... bien lejos del Centro donde la puede pisar un coche.

- Vos estás loca! Estoy cansado de laburar todo el día, y encima querés que haga de ángel de la guarda de una perra y gaste nafta hasta el Lago!

- Le podés salvar la vida. Hacelo! Mirale la carita. – dijo la mujer con la ternura con la que sabía conquistarlos. Para ello, tomó el hocico de Tumbelina, y apuntó a su maldito Salvador.

- Qué les pasa a estos? – pensó Tumbelina cuando el coche se puso en marcha con ella dentro. – Que mierda...! – y comenzó a pedirles a ladridos que se detengan.

- Mirá lo contenta que está. Pobrecita, festeja que va a estar mejor. – tradujo la chica, mientras el animal se desesperaba en el asiento trasero.

El conductor miró por el espejo retrovisor, y cuando sus ojos regresaron al parabrisas, tocó bocina y esquivó a la anciana que cruzaba la calle.

La anciana retrocedió asustada.

Minutos antes de cruzar la calle, la abuela de Esteban se había detenido en la esquina.

- Ahora me acuerdo. Yo vivía enfrente. – se dijo, llegando en paralelo a Tumbelina, sin que ambas se cruzaran.

Hacía un año que su nieto la había largado a para dar paseo, pero en el camino se olvidó de quien era y donde vivía. Su demencia la había llevado a recorrer las calles sin rumbo, a alimentarse en los callejones que daban a las cocinas de restaurantes. Incluso, llegó a improvisarse una carpa con tela

arpillera y cajas de cartón cerca de la Primer Estación de Tren de Tammerlane, zona que utilizaba como punto de mendigue.

Aquel día, estaba de regreso.

Se dispuso a cruzar la avenida, cuando un auto a punto de embestirla, la esquivó. Enseguida, la mujer retrocedió a la vereda y se llevó por delante la escalera que en la que se posaba el empleado de la empresa Teléfonos Tammerlane. Gracias al impacto, la escalera cayó y el hombre se aferró a los cables. Pero éstos no soportaron su peso, se desprendieron, y lo dejaron en el piso, a la vez que se cortaba toda comunicación en la zona, incluso la de Justina.

Justina se había decidido.

En un año de separación, había reconocido que Esteban había sido un buen amante, con ciertos detalles egoístas e inmaduros, pero muchos otros a favor. Quizás lo malo se iría si ella lo apoyaba lo suficiente.

- Para qué es una pareja, sino para pelear, sacar temas, plantearlos, cambiar, mejorar? Es ahí donde la convivencia y su respectiva rutina se hacen más saludables, valederas, y tolerantes. – le había comentado una amiga, incitándola a que regrese con Esteban. – Vos lo podés ayudar. Pensá que vos también tendrás tus errores y necesidades, y el debe apoyarte.

- Sí. Fue muy cariñoso. Siempre estuvo cerca cuando lo necesité.

- Entonces llámalo.

Y Justina levantó el tubo. Marcó el número. Colgó y comentó:

- No tengo tono.

Minutos antes, Esteban estaba en su casa, con su arma en la sien, sentado en el sillón, frente al televisor, cuando oyó un bocinazo a la distancia, más parecido a un trompetazo.

El muchacho se paralizó. Se trataba del coche que se llevaba a su perra, esquivaba a su abuela, y por el que su abuela lo dejaba incomunicado con Justina.

- Tiene razón! – se dijo anonadado - Una trompeta antes de morir...

Y con la excusa de los diez minutos de espera, de su soledad, y de su suerte maldita, jaló del gatillo y se quitó la vida, confirmando que su suerte estaba maldita.

FIN